

*Educacion: libertad y compromiso
a la luz del espíritu
de San Josemaría Escrivá*

Serie: Centenario
Dirección: Helena Ospina (Costa Rica)

Directores de Colecciones

Antropología: Jutta Burggraf (Alemania)
Arquitectura: María Antonia Frías Sagardoy (España)
Biografías: Gustavo González Villanueva (Guatemala)
Centenario: Helena Ospina (Costa Rica)
Cine: Pedro Antonio Urbina (España)
Educación: Concepción Naval (España)
Encuentros Culturales: PROMESA (Costa Rica)
Espiritualidad: Javier Abad Gómez (Colombia)
Familia: Ana María Navarro (España)
Filosofía: Cecilia Echeverría (Guatemala)
Historia: Mariano Fazio (Italia)
Literatura: Ana Zelaya (Costa Rica)
Milenio: Mauricio Víquez (Costa Rica)
Orientación Familiar: María Adela Tamés (Colombia)
Pensamiento y Creatividad: Alfonso López Quintás (España)
Poesía: María Rosa Noda (EE.UU)
Poética: Rafael Jiménez Cataño (México)
Temas de Actualidad: Jorge Scala (Argentina)
Teología: Josep-Ignasi Saranyana (España)
www.arvo.net Antonio Orozco Delclós (España)

JOSE LUIS GONZALEZ-SIMANCAS

**EDUCACION:
LIBERTAD Y COMPROMISO
A LA LUZ DEL ESPÍRITU DE
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ**



PROMESA
Centenario 12

370.11
G643e González-Simancas, José Luis
 Educación: libertad y compromiso
a la luz del espíritu de San Josemaría Escrivá /
José Luis González-Simancas. — 1. ed. —
San José, C.R. : Ediciones PROMESA, 2004.
58 p. ; 22 cm. — (Colección Centenario ; n. 12)

ISBN 9968-41-068-3

1. Educación – Fines y objetivos. 2. Educación - Filosofía
I. Título.

Ilustración de la portada
Fotografía de
San Josemaría Escrivá

Dirección: Helena Ospina
Diagramación y artes finales: Alejandro Pacheco
Coordinación: Erika Chinchilla

Derechos Reservados
Hecho el Depósito de Ley
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial.

© EDICIONES PROMESA
Promotora de Medios de Comunicación, S. A.

Edificio Electronic Engineering
Carretera a Sabanilla, costado oeste de la Universidad de Costa Rica
Teléfono: (506) 283-3033 Fax (506) 225-1286, 283-4597
Apartado 4300-1000. San José, Costa Rica
edicionespromesa@hotmail.com
www.arvo.net

Índice

Al lector	9
El Principio de Autodesarrollo	13
El Principio de Compromiso	20
Libertad y compromiso: en las instituciones...	21
Libertad y compromiso: en la educación personal	26
La pedagogía en “tercera dimensión”	29
El Principio de Cooperación.....	37
El epílogo.....	49

Al lector

Es muy bueno hacerse algunas preguntas antes de comenzar a leer un artículo o un libro. Por ejemplo, su autor ¿por qué lo escribe?; ¿a quiénes se dirige?; ¿qué es lo que anuncia su título, de qué trata?; y posiblemente otras muchas. Es un modo de situarse ante un escrito y de comenzar a leer con cierto interés.

Comencemos por el porqué. En este caso, la razón de este escrito es una pregunta de la profesora Helena Ospina de Fonseca. Me contó en Roma, con ocasión de un inolvidable Congreso Internacional¹, que llevaba cinco semestres analizando con sus alumnos, en la Universidad de Costa Rica, el libro que escribí hace ya doce años: *Educación: Libertad y Compromiso*².

El Congreso se dedicó a estudiar en profundidad el mensaje y el espíritu del Fundador del Opus Dei. En

1 Congreso Internacional *The grandeur of ordinary life*, Roma, 7-12 de enero, 2002.

2 González-Simancas, José Luis (1992). *Educación: Libertad y Compromiso*. Pamplona: EUNSA.

aquel clima, fue cuando la profesora Ospina me preguntó: *¿Por qué no nos explica en qué medida el espíritu del Fundador de la Obra y su trato personal con él, ha podido inspirar su libro sobre la educación, en torno a sus dos ejes fundamentales: la libertad y el compromiso?* El porqué de esta publicación es esa pregunta.

Y, ¿a quién me dirijo? Pienso que a uno de los mejores públicos que existen: el de los estudiantes universitarios, sin excluir, por supuesto, a sus profesoras y profesores.

En último lugar, ¿qué es lo que anuncia el título de este trabajo?, ¿cuál va a ser su contenido? Responder a esta pregunta supone fijar los límites del tema. Porque han sido varios los autores que han escrito sobre San Josemaría Escrivá y su influencia en la educación, y lo han hecho de modo magistral³. No pretendo hacer otro estudio sobre un tema tan extenso como difícil. La pregunta de la profesora Ospina se centra en mi libro.

A mi modo de ver, lo que importa es captar cómo el espíritu de este Santo universal, lleno de solicitud por

3 Entre otros, son de obligada referencia Ponz Piedrafito, Francisco (1976). *La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de Monseñor Escrivá de Balaguer*, en la obra titulada *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer* (2ª ed.), Pamplona: EUNSA; y García Hoz, Víctor (1997), en su preciosa obra póstuma *Tras las huellas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Ideas para la educación*, Madrid: Rialp.

la formación humana y cristiana de toda clase de personas, puede inspirar a una verdadera multitud de ellas, dedicadas a cien trabajos profesionales diferentes.

Desde esta perspectiva, ¿qué tiene de extraño el que, a la hora de proceder al estudio de una profesión dedicada a la formación, como es el caso de la educación, uno se atenga a las convicciones que se fueron generando en su interior como resultado de vivir el espíritu que San Josemaría recibió aquel 2 de octubre de 1928? Cuando se vive el ejemplo personal y la palabra de un padre, que es a la vez un auténtico maestro, se termina por asimilarlos y hacerlos *libremente* tan propios que, sin ser uno consciente de ello en tantas ocasiones, se actúa coherentemente con ellos por pura connaturalidad. Así entiendo yo la posible influencia del espíritu de San Josemaría en mi saber y actuar pedagógicos, y en mi escribir sobre ello.

Pero justo en este momento, me parece muy conveniente exponer al lector una breve puntualización. Es bien conocido el enorme aprecio que San Josemaría tuvo por la libertad personal de todos y, en particular, de los fieles católicos laicos. Es un aspecto crucial que subrayó y defendió siempre. Queda claro su pensamiento en la siguiente respuesta a uno de sus entrevistadores, que le preguntaba por qué insistía tanto en este punto:

«Me refiero precisamente a la libertad personal que los laicos tienen para tomar, a la luz de los principios enunciados por el Magisterio, todas las decisiones concretas de orden teórico o práctico –por ejemplo, en

relación a las diversas opiniones filosóficas, de ciencia económica o de política, a las corrientes artísticas y culturales, a los problemas de su vida profesional o social, etc.– que cada uno juzgue en conciencia más convenientes y más de acuerdo con sus personales convicciones y aptitudes humanas»⁴.

Este planteamiento es válido en el campo de la cultura y de la enseñanza, que se traduce en el respeto a la autonomía científica, un aspecto que explica así Francisco Ponz:

«El respeto a la autonomía propia de cada ciencia, con sus métodos y principios característicos que no pueden adquirirse de forma improvisada, viene a ser también consecuencia del delicado respeto que siempre vivió y enseñó Monseñor Escrivá de Balaguer a la libertad personal, a las exigencias de la naturaleza y a la competencia de quien ejerce su profesión específica con honestidad»⁵.

Volviendo al tema de este escrito, la pregunta de la profesora Ospina requiere una respuesta articulada, que intentaré acometer a pesar de su dificultad. No es, en verdad, una tarea fácil. Lo intentaré, sin embargo, refiriéndome a cada uno de los tres Principios de la acción educativa en que sintetiqué mis convicciones personales acerca de la educación.

4 *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* (1968). Madrid. Rialp. p. 28

5 Ponz, Francisco (1976). op. cit. p. 72

El Principio de Autodesarrollo

Comencemos por el primero. En este *Principio de Autodesarrollo* resumía la educación como *crecimiento* en plenitud. Es decir, como *crecimiento en unidad*, en coherencia, en riqueza interior, en personalidad, como fruto del cultivo de la propia singularidad; como *crecimiento en apertura*, en sociabilidad, en esa capacidad que tenemos de darnos a los demás en comunicación, en solidaridad, ayudando a crecer a tantos otros, a todo ser humano que precise de nuestra ayuda; y finalmente como *crecimiento en libertad*, aprendiendo lo más decisivo de la vida: el recto uso de esa libertad que nos ha regalado Dios, y que constituye el atributo esencial de nuestra dignidad humana.

Un crecimiento que me gusta llamar *autotarea* para subrayar la idea de que la educación no es algo que alguien nos hace desde fuera, algo que nos hacen otros. Soy yo quien tengo la responsabilidad de educarme: eso sí, con la ayuda que me sea necesaria. De esta *autotarea ayudada* es de lo que trata la Pedagogía como saber general acerca de la educación.

Por lo tanto, subrayé también que el centro de toda Pedagogía es la *persona*. Esa persona –la nuestra y la de los demás– a la que hay que ayudar a crecer en todas sus dimensiones. No en una de ellas, separada de las otras, sino en su unidad, ya que la persona es un todo no separable en partes: es cuerpo y espíritu en una sola substancia, formando un todo inseparable, en el que todo comunica.

Hoy, a partir de la pregunta que se me hizo, me resulta casi evidente que mi modo de entenderlos se inspira en el espíritu que transmitía el Fundador. Sin proponérselo explícitamente, fue y actuó como un gran educador porque le movía el espíritu apostólico que le comunicó el Señor, que se tradujo, como ya he apuntado, en una constante solicitud por la formación plena, total –*enteriza*, como la definía él– de todas las personas. Esa plenitud en la formación fue sin duda la que tuve presente en este principio, al que calificué de *central* en la educación.

Pienso que fui aprendiendo lo que es educar y cómo educar de quien siempre he considerado Padre. Tuve la inmensa suerte de conocer y de tratar personalmente a ‘don Josemaría’ –como se le llamaba entonces– a finales de 1942, en Madrid, donde yo residía con mi familia; después, a lo largo de los años 1940 y 50; y posteriormente también aunque en menos ocasiones.

En este sentido, quizá sea oportuno, por qué no, acudir a algunas de mis vivencias concretas en los encuentros que tuve con San Josemaría. Creo que no

hay nada tan expresivo como lo que uno ha vivido para explicar cosas que, dichas en lenguaje abstracto, pierden riqueza y calor humano. Pero tenga en cuenta el lector que la narración de esas vivencias son hechos que recuerdo a lo vivo y despiertan un eco subjetivo en mí, un efecto que comprendo no sea el mismo en quien lea este trabajo.

La primera de esas vivencias entronca, desde el ángulo pedagógico, con lo que siempre he considerado el núcleo de la educación personal y personalizada: la orientación formativa, la conversación fácil y natural que se da entre una persona con más experiencia de la vida y con más conocimiento, y otra que acepta libremente su invitación a dialogar. Fue una de esas vivencias que dejan huella. Al narrarla, iré haciendo algunos comentarios pedagógicos. En esta primera –sobre la cual he reflexionado posteriormente muchas veces– la actuación de San Josemaría iba directamente dirigida a mi formación personal cristiana –*enteriza* una vez más– como estudiante universitario.

* * *

Tuvo lugar en la primavera de 1943, a comienzos del mes de mayo. Anteriormente, desde octubre de 1942, asistía yo a los círculos de formación cristiana básica que se celebraban en la Residencia de estudiantes universitarios de la calle Jenner, en Madrid. A finales de diciembre de aquel año, antes de Navidad, tomé parte en un Curso de retiro que dirigió el Padre para jóvenes universitarios de primeros años de Facultad, y en el que

tuve mi primera conversación con él. Al aproximarse los temidos exámenes de fin de curso, me encerré en mi casa para concentrarme y dejé de ir por Jenner. Caminaba hacia mi casa una tarde, cuando por la calle de Serrano vi aparecer la figura del Padre a lo lejos, que venía andando hacia donde yo iba subiendo la cuesta.

Me asaltó un cierto desasosiego, al haberme quitado de en medio durante algún tiempo y no estar acudiendo a aquellos medios de formación que él impulsaba, aunque por otra parte mi principal propósito del mencionado Curso de retiro había sido precisamente el de organizar mejor mi horario de trabajo y estudiar más: mucho más y mejor. Era el espíritu de trabajo hecho cara a Dios, santificable, que animó su vida entera y animaba las vidas de los que comenzábamos a conocerlo: un estudiante cristiano no podía ser chapucero y tenía la grave responsabilidad de servir a la sociedad con su competencia profesional.

Pero mi desasosiego desapareció de inmediato cuando, al aproximarme inevitablemente a él, me dijo sonriendo, mirándome a los ojos, y con aquella sencillez que ya conocía:

—*¡Ladrón! Hace tiempo que no te veo. ¡Anda, acompáñame a casa!*

Me tomó por el brazo y deshicimos el camino que yo llevaba, ahora en dirección a la casa donde vivía el Padre, en la calle de Diego de León. Subimos a su habitación, que era al mismo tiempo su despacho, y en

un clima de amistad, de charla familiar, lleno de confianza, mantuvimos una conversación sosegada, de más de media hora: fácil, natural, en la que su espíritu, lleno de solicitud por el bien de todos, se producía con un enorme respeto a la persona a la que se proponía orientar en su vida humana y cristiana: en este caso, a un jovencuelo de 18 años que cursaba su primer año de carrera.

En nuestra conversación, como el Padre siempre vivía lo que después enseñaba –primera lección–, lo que hizo fue poner por obra conmigo lo que nos había escrito en aquel punto 973 de *Camino*: “*aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de cielo... Todo eso es «apostolado de la confianza»*”.

Más lecciones, que no pretendían serlo, sino que yo he captado mucho después: las lecciones sin palabras del ejemplo de quien las vive. Aprendí entonces –lo he pensado tantas veces– que hemos de saber ‘provocar’ el encuentro orientador con don de la oportunidad, como lo había hecho él, cuando está de por medio una necesidad evidente; y que al orientar conversando, tan sólo hay que ‘sugerir’ con respeto, suscitando la ‘libre adhesión’ de quien deseamos orientar; y que ‘aconsejar profesionalmente’ exige una larga experiencia, y estudio. No me habló de su intensa labor de catequesis en los barrios marginales del Madrid de los años 1930 –que yo desconocía por entonces–, sino que se interesó vivamente

por cómo daba yo una catequesis a chiquillos de familias necesitadas, y se alegró de que utilizara el manual de D. Daniel Llorente, a quien conocía y era su amigo, y me dio alguna indicación. Pero, sobre todo, ‘la discreta indiscreción’ que, sólo como sugerencia, abre insospechados horizontes de celo. Eso merece un especial comentario, porque a mí me los abrió decisivamente aquella ‘conversación orientadora’.

Durante nuestra conversación, en dos ocasiones, hizo algunos comentarios que me dejaron pensando interiormente y, como hoy se dice, ‘motivaron’ mi creciente interés por aquella labor de formación que impulsaba el Padre. En otro momento, me pidió un favor que me dejó asombrado: que en mi oración encomendara mucho a tres ingenieros titulados, algo mayores que yo, que muy probablemente podrían pronto ordenarse de sacerdotes. Nada más. Tan sorprendido estaba yo, que no le pregunté por aquello tan nuevo para mí. Pero me fui a casa después, pensando qué era todo aquello tan atractivo y al mismo tiempo tan serio.

En torno a este sucedido, lo que quiero destacar aquí es que el Padre me dejó en plena libertad para que fuese yo quien me interesara y buscara las respuestas por mí mismo. Así lo hice al día siguiente: ir a ver al mejor amigo que había conocido en Jenner, que conocía al Padre desde hacía más tiempo que yo, y también me iba orientando. Me lo explicó con todo detalle, y muy poco después escribí una carta al Padre solicitando mi admisión en el Opus Dei.

En esta ocasión, viví en mi propia carne lo que es orientar respetando la libertad, gracias al modo de actuar de San Josemaría. Actuaba con toda naturalidad, *siendo así*, y comunicando con nosotros con el gesto, con la palabra sencilla, en una comunicación interpersonal basada en la confianza, en la fe que depositaba en nosotros, inevitablemente menos maduros, como si se tratara de gente de peso: entre otras cosas, porque nos consideraba como hijos de Dios, con toda la dignidad que ello comporta, y con plena libertad; esa libertad que hace posible el comprometernos personalmente, ‘porque nos da la gana’, como decía, con la llamada de Dios, cuando sabemos que nos llama a ser sus amigos, y a seguirle por el Camino que conduce a la Verdad y la Vida que Él es. Así nos hacía ir creciendo, madurando, ‘autodesarrollándonos’ con su ayuda.

El Principio de Compromiso

En el segundo de los principios, es esa libertad responsable, a la que de continuo aludía San Josemaría⁶ –un verdadero enamorado de la libertad–, en la que descansa el que llamé *Principio de Compromiso* en el libro de referencia, y al que calificué de principio *decisivo*. La *libertad* es el don que hace posible la *responsabilidad* que nos lleva al *compromiso* voluntario, fuerte, con el bien y la verdad. Crecer en libertad y responsabilidad, de modo que seamos capaces de comprometernos seriamente con lo que es bueno y verdadero, he ahí el cometido de la *educación*.

6 Para profundizar en el concepto de libertad responsable tal como lo vivía y transmitía San Josemaría, puede leerse la clara versión de este aspecto crucial de las tareas de formación, en la comunicación al Congreso Internacional ya aludido, presentada por Altarejos, F., Naval, C., G.-Simancas, J. L. (2002). *La confianza: exigencia de la libertad personal*, en Malo, A. (Ed), *La dignità della persona humana*, Edizione Università della Santa Croce, Roma, 2003, pp. 229-242.

Libertad y compromiso: en las instituciones

Es ésa la faceta de mayor calado educativo que tiene el espíritu del que estamos hablando. El que alimenta a tan diversas instituciones y a todos los que en ellas trabajan. Quiero referirme ahora a un hecho de todos conocido. Fue ese espíritu que fomentaba la libertad llena de iniciativa y el compromiso libre, magnánimo, con tareas nada fáciles de llevar a cabo, el que se tradujo en su impulsar las obras e instituciones a las que acabo de referirme. En una de ellas tuve la suerte de participar desde sus mismos comienzos, otra vivencia a la que me referiré más adelante, ya que en esa tarea fueron perfilándose algunas de las que llamo mis convicciones pedagógicas.

Su espíritu se palpa en las muchas obras de carácter educativo y asistencial que promovió a lo largo de su vida de servicio. Fue su espíritu lo que le llevó a promover un sinnúmero de instituciones formativas muy variadas, impulsando a miles de ciudadanos a constituir sociedades civiles para establecer esas obras dentro del marco legal correspondiente. En ellas se refleja más que ninguna otra cosa, no un saber técnico –en el que nunca

entraba San Josemaría, respetando siempre la libertad y la creatividad de las personas que las dirigían o actuaban como educadores—, sino precisamente su *espíritu*, el de un sacerdote santo que amaba apasionadamente al mundo, y que consideraba la libertad responsable como el don más precioso de Dios a la criatura humana.

De qué manera ese espíritu anima esa amplia gama de instituciones lo escribió hace tiempo un sabio Rector universitario⁷ a quien he citado más arriba. Se refiere precisamente a que lo que caracteriza las labores de educación así promovidas no es el contenido de lo que se enseña, ni las instalaciones materiales ni otros rasgos de tipo técnico, sino un sello común:

«El sello común de estos centros es mucho menos palpable que todo eso y sin embargo es mucho más llamativo: se capta por todas partes, en mil detalles que son uno por uno poco perceptibles: en el cuidado material de las cosas, en la limpieza, en la mirada de las personas, en su alegría, en el trato: en una palabra, en el espíritu que informa toda la vida del centro.»

«Ese mismo espíritu está presente en todo el proceso educativo y deja en el ánimo de quienes en él participan una huella profunda. Al margen del nivel de conocimientos adquiridos, y de la capacidad intelectual de cada uno, variables por tantos motivos, se va haciendo común un modo profundo de entender la vida,»

7 Ponz, Francisco (1976). op. cit. p. 104.

una consideración atenta y fraternal a las personas, una escala de valores orientadora. La impronta, eminentemente espiritual, tiene la fuerza de lo imborrable.»

Imbuidos de ese espíritu, podemos generar entre todos, a través de la convivencia y de la conversación amistosa, un clima peculiar que hunde sus raíces en el suelo firme de la fe cristiana y se alimenta de la savia que proviene del *espíritu* de San Josemaría Escrivá. Es bueno conocerlo y mucho mejor ponerse a vivirlo con sencillez en la vida de todos los días: a través de él podemos ayudar a que crezcan fuertes como robles las personas a las que dediquemos nuestro quehacer educativo.

Creo que éste es el momento oportuno de narrar al lector la otra vivencia a la que acabo de aludir, ya que está en íntima conexión con lo que escribo en este apartado. Me refiero a la primera de las obras corporativas del Opus Dei de enseñanza primaria y media, por la que velaba de continuo desde Roma, especialmente por ser la primera: el Colegio Gaztelueta, cercano a Bilbao, en Lejona, Vizcaya, que comenzó su andadura en 1951, hace ya más de medio siglo.

* * *

Era el día anterior a la inauguración de Gaztelueta, que tuvo lugar el 15 de octubre de 1951; no antes, debido a las obras de remodelación del viejo edificio de estilo vasco en que se alojaría el Colegio. Yo era uno de los

nueve profesores que lo iniciamos⁸. El día 14, hubo una breve reunión en la sala de profesores. Quien tenía autorización para ello, nos transmitió estas tres sencillas indicaciones del Fundador, que había hecho llegar desde Roma: 1) queuviésemos una charla personal con los chicos, cada quince días; 2) que no hubiese en el colegio cuadros de honor con los alumnos más destacados, ni puestos en las clases; 3) que vistiéramos con trajes alegres, de tonos claros, juveniles, y no nos importase ir con ropa deportiva ante los alumnos.

Así de sencillo. Nos dejaba en plena libertad para organizar el colegio en todos sus pormenores. Se fiaba de nosotros, depositaba su confianza en nosotros, en nuestra respuesta responsable a la libertad de iniciativa que siempre tuvimos. Tan sólo nos dio tres indicaciones que nacían de su espíritu innovador y rompían algunos moldes que por aquellos días de hace medio siglo se daban por consabidos. Hoy día no hubiesen extrañado a nadie, pero las instituciones educativas de entonces tenían un talante muy distinto.

Aquellas indicaciones apuntaban a tres cuestiones de fondo que más adelante tendrían un gran influjo en la práctica de la educación de muchos centros de enseñanza,

8 Cómo y por qué comenzó aquel primer Colegio, que fue la primera institución de enseñanza no universitaria considerada como 'obra corporativa' del Opus Dei, puede verse, de forma perfectamente documentada, en el libro de Ramón Pomar (1997): *Gaztelueta. Un estilo educativo*. Las Arenas (Guecho): Fundación Gaztelueta.

que se inspiraron libremente en este primero: la principal era la primera, que nacía de su solicitud por la persona, de llegar a cada uno para conocerle a fondo y poder ayudarle mejor. La segunda llevaba implícito que lo que importa es cada persona en sí, y no la comparación entre ellas ni la exaltación pública de algunos, sino el crecimiento personal de cada uno. Y la tercera subrayaba el talante cordial y juvenil en las relaciones entre educadores y estudiantes, reflejado hasta en el atuendo. No éramos conscientes de ello por entonces, pero estaba naciendo ese tipo de educación que más adelante se denominó «personalizada» por sabios autores del campo pedagógico; y estaba naciendo su principal cauce: la conversación orientadora, el diálogo abierto entre profesores y alumnos, la atención a la diversidad de cada cual, que ha venido a llamarse técnicamente «tutoría».

Fue suficiente. El sentirnos apoyados por él, el saber que dejaba el colegio en nuestras manos, nos impulsaba a responder con entusiasmo, y creo que ello nos influyó directamente para hacer lo que teníamos que hacer aquella noche, una noche verdaderamente ‘toledana’. Ninguno de nosotros pegamos ojo. Había que terminar lo mejor posible la instalación de la casa donde comenzaba el Colegio al día siguiente. Sabíamos bien, por el Padre, el valor de cuidar las cosas pequeñas. Eran muy variadas las tareas pendientes, a pesar de los días de trabajo intenso que se habían sucedido durante el mes de septiembre y el comienzo de octubre de 1951. Reinaba aquella noche una alegría, una ilusión y un buen humor que nos contagiábamos unos a otros, precisamente por la dificultad que entrañaba la tarea. Pero dejémoslo aquí.

Libertad y compromiso: en la educación personal

Pensando en la educación personal en libertad, para la libertad y el compromiso, me he referido más arriba a la influencia que se desprende de forma natural de la persona y de la palabra de un verdadero maestro, como lo era San Josemaría. Cuando fueron publicándose sus Homilías en *Es Cristo que pasa* y en *Amigos de Dios*, pude leer párrafos suyos como los que figuran a continuación, especialmente ‘impactantes’ para mí cuando he tratado de vivirlos y de enseñarlos en mis escritos pedagógicos, subrayando siempre la idea de que comprometerse con algo, con alguien o con un ideal alto no se opone a la libertad, sino que precisamente la potencia, al hacer posible un proyecto de vida coherente y lleno de sentido, de criterios sanos, que nos hacen más libres al no someternos a las presiones del ambiente o de la última moda pasajera:

“El que no escoge –¡con plena libertad!– una norma recta de conducta, tarde o temprano se verá manejado por otros, vivirá en la indolencia –como un parásito–, sujeto a lo que determinen los demás. Se prestará a ser zarandeado por cualquier viento, y otros

*resolverán siempre por él. (...) El indeciso, el irresoluto, es como materia plástica a merced de las circunstancias; cualquiera lo moldea a su antojo y, antes que nada, las pasiones y las peores tendencias de la naturaleza herida por el pecado.”*⁹.

Y más adelante, subrayando la perspectiva sobrenatural de la libertad:

«Libremente –como hijos, insisto, no como esclavos–, seguimos el sendero que el Señor ha señalado para cada uno de nosotros. Saboreamos esta soltura de movimientos como un regalo de Dios.

Libremente, sin coacción alguna, porque me da la gana, me decido por Dios. y me comprometo a servir, a convertir mi existencia en una entrega a los demás, por amor a mi Señor Jesús» (...)

*«Os lo repito: no acepto otra esclavitud que la del Amor de Dios. (...) Os quiero rebeldes, libres de toda atadura, porque os quiero –¡nos quiere Cristo!– hijos de Dios. Esclavitud o filiación divina: he aquí el dilema de nuestra vida. O hijos de Dios o esclavos de la soberbia, de la sensualidad, de ese egoísmo angustioso en el que tantas almas parecen debatirse»*¹⁰

La libertad, esa capacidad que nos ha regalado Dios de querer lo que queramos sin estar físicamente obligados a nada, es la que nos permite decidir, con «soltura de

9 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1977). La libertad, don de Dios, en *Amigos de Dios* (15ª edición), nº 29, Madrid: Rialp.

10 Escrivá de Balaguer, Josemaría, *Ibidem*, nº 35 y nº 38.

movimientos», «libremente, sin coacción alguna» *el obligarnos voluntariamente* –eso es el compromiso– a un proyecto de vida personal abierto, solidario, generoso, no encerrado en uno mismo: en definitiva, en el proyecto vital cristiano de un hijo de Dios. Todo eso es enseñanza clara de San Josemaría, que yo siempre he tenido en cuenta a la hora de subrayar su importancia decisiva en educación. Enseñar a ejercer rectamente la libertad con responsabilidad es donde la educación tiene su misión más decisiva.

La pedagogía en 'tercera dimensión'

«La dignidad de la educación alcanza su más alto valor desde esa perspectiva que tiene en cuenta la fe.» Son palabras del autor antes citado, Francisco Ponz, en su discurso¹¹. Creo que vienen aquí como anillo al dedo. Porque hoy día, el concepto de libertad tiende a interpretarse, no como un don recibido de Dios que configura y distingue al hombre de los demás seres creados, y es fuente de su dignidad, sino como un 'derecho' sin ninguna 'obligación', que cada cual ejerce según sus caprichos o impulsos básicos de un modo francamente irresponsable e insolidario, que es causa de tanta 'violencia' en las aulas y en otros ámbitos. Y me parece oportuno hablar aquí, en conexión con este principio decisivo, de la dignidad que la educación adquiere cuando se contempla desde la perspectiva de la fe, como siempre la veía San Josemaría.

Desde la fe, las cosas se ven de otra manera sin dejar de ser las mismas cosas. Lo que ocurre es que se ve todo su relieve, todo su alcance y su importancia. Es

11 Ponz, Francisco (1976).op. cit. p. 66

aquel punto 279 de *Camino*: «*La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones.—Cuando vivas vida sobrenatural obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen*».

En mi caso, cuando miro la educación desde ese ángulo de la fe, llego a ver mucho más claro la posible solución de un sinnúmero de problemas que hoy día quieren estudiarse y entenderse sólo a ras de tierra, cosa muy buena, pero que en ocasiones creo se queda corta.

Suelo preguntarme últimamente si el actual desprecio de algunos respecto de una verdadera enseñanza de la religión y de una formación cristiana, abogando por lo que no es más que puro relativismo moral, puede ser la causa de muchas confusiones actuales y de que haya problemas que parecen insolubles, cuando caben otras explicaciones de mayor calado con un recurso lícito a los planteamientos antropológicos y teológicos. A veces parece que se olvida lo que dicta la pura sensatez y mi pregunta termina en otra: si no estaremos perdiendo el sentido común. ¿No es de sentido común que ver las cosas desde la fe nos permite verlas en su justa proporción, al verlas desde la altura, tal como son pero con su relieve, su peso y su volumen?

Hoy día se exalta, por ejemplo, el valor de la ‘autoestima’, del elevado ‘autoconcepto’, que nace de considerarse competente personalmente en algo o para algo, para ejercer con éxito alguna función. Junto a ello, coherentemente, se subraya la ‘autoayuda’ como el

recurso infalible de la persona para superar sus dificultades. Si a alguien se le ocurre afirmar que esos planteamientos pueden fomentar el engreimiento y la arrogancia humanas –hay investigaciones psicológicas que ya lo denuncian– algunos le responderán que tales planteamientos son los psicológicamente válidos, que son científicos, y que para nada necesitan de una educación moral, y no digamos si se trata de la moral cristiana. Pues bien, desde la fe, eso mismo se ve de otra manera más sensata. Lo dijo Chesterton con aquella gracia y claridad suya: «*La primera consecuencia de no creer en Dios es que se pierde el sentido común y no se pueden ver las cosas como son*»¹².

¿A qué me refiero? A que desde la fe el quehacer educativo cobra nuevo sentido; su mejor y más profundo sentido. Es una opinión que en mí se refuerza al contemplar la vida de San Josemaría. En este caso, e inspirado en su enseñanza, una vez, hace ya mucho tiempo, en los momentos en que se iniciaba el actual confusionismo respecto de esos valores humanos y cristianos que siguen en pie a pesar de lo que digan algunos, tuve ocasión de razonar el sentido de una educación cristiana en términos que aún puedo recordar.

12 Chesterton, G. K. (1982). *The incredulity of Father Brown*. (3. The oracle of the dog). Middlesex: Penguin Books, pp. 70-71. El texto original (1926) dice así: «*It's the first effect of not believing in God that you lose your common sense and can't see things as they are*».

En mi libro, dejé escrito que, en educación, se trata de propiciar algo tan delicado y sutil como es que la voluntad del educando –a partir del momento en que sea capaz de ello: no antes pero tampoco después–, en un acto radicalmente libre, decida hacer lo que debe hacer porque eso es bueno, porque es lo mejor. Si esto es posible, me pregunté, ¿lo es también dentro de las coordenadas de la fe y de la moral cristianas? Y poco más o menos fue éste mi razonamiento.

Para algunos que entienden a su modo la libertad, como liberación de todo vínculo, parece un anacronismo hablar de educación cristiana, como si ésta fuese la negación de una personalidad libre y creativa. Piensan que la libre elección del camino cristiano es sólo limitación represiva, al vincularnos de por vida a ese camino esforzado de seguir a Cristo.

No saben, o no quieren saber por las consecuencias prácticas que de ello se derivarían para su persona, que la aceptación de esas exigencias del Evangelio, cuando nace de la máxima expresión de la libertad que es el amor –como nos enseñó San Josemaría en todo momento–, nos hacen cada vez más abiertos y más seguros, más equilibrados y más creativos; más generosos y con una personalidad que se pone al servicio de los demás, y se desvive en esa tarea. Eso es Pedagogía en su *tercera dimensión*, la que se obtiene desde la altura que da la fe, desde esa visión sobrenatural de la vida que hace que la educación pueda apreciarse con todo ‘su relieve, su peso y su volumen’.

Una educación cristiana bien planteada –plenamente de acuerdo con el espíritu del Fundador del Opus Dei–, se propone derechamente actualizar al máximo ese manojito de potencialidades que lleva consigo la persona humana –niño, adolescente, joven, adulto, anciano; campesino o universitario; varón o mujer; rico o pobre–; potencialidades que, cuando se ejercitan y se las hace fructificar, en beneficio propio y sobre todo ajeno, hacen que una persona se sienta verdaderamente feliz en el mundo y más cercana, por ello, de Dios y de los hombres. Una educación y una pedagogía cristianas son, en definitiva, la más auténtica versión de una educación en la libertad y en el amor.

Educarse a lo largo de la vida no es otra cosa que ir creciendo y desarrollándose en todas las dimensiones que son propias de una persona: no sólo físicamente sino espiritualmente. Una buena Pedagogía no debe basarse en el mero voluntarismo de la persona, ni promover un concepto de sí que genere la creencia de que uno mismo, sin más, es capaz de alcanzar la meta a la que nos convoca la realidad de verdad que se contiene en el Evangelio, en la Buena Nueva. Eso es lo que se ve claramente desde la fe. Y por eso lo veía así, en sus escritos y en su palabra coherente, aquel sacerdote santo, que en definitiva empleaba los mismos modos de Cristo al dirigirse a su ‘pueblo’, partiendo de realidades cotidianas, o con parábolas llenas de significado.

Hemos visto cómo amaba la libertad. Nunca le llevó ello a unos planteamientos voluntaristas en la formación de las almas. Pero eso no quiere decir en

absoluto que no nos animara a ser audaces, a atrevernos con valentía a emprender tareas y empresas arduas, y a formarnos humanamente para alcanzar la necesaria competencia que proporciona una autoridad y un prestigio que son del todo necesarios para ejercer un apostolado con mentalidad laical, a través del trabajo profesional.

Es mi deseo subrayar ese rasgo del espíritu de San Josemaría, que surgía de su amor a la libertad bien entendida, y le llevaba a impulsar con audacia la acción apostólica cristiana, sin complejos de ninguna clase, sin temor a las dificultades que, como en todo tiempo, encuentran los que se proponen hacer a Cristo presente en la sociedad.

Creo que es aquí donde tiene sentido que en este trabajo recuerde al lector algunos puntos de su obra *Surco*. Porque tienen una enorme conexión con los que podrían conceptuarse como cuestiones o problemas que afectan a la sociedad, a la familia y, en definitiva, a la educación, en estos días que nos ha tocado vivir.

Estoy refiriéndome a hechos o fenómenos como la dejación de autoridad en los centros educativos y en la familia; a la tergiversación que se ha producido sobre ese mismo concepto de autoridad, y que ha conducido a la permisividad reinante; al planteamiento erróneo de la religión como tema privado de cada sujeto, que no debe influir para nada en la vida ciudadana pública; y a otros muchos fenómenos, entre los que destacaría los consabidos eufemismos biensonantes, que ocultan

arteramente su significado real y verdadero, opuesto a la doctrina moral del Magisterio, que es la del Evangelio.

Ante hechos de esa naturaleza, San Josemaría, en lugar de ‘acomodarse’ a ellos, nos lanzaba a luchar con esperanza en la ayuda de Dios, y nos repetía el lema: ¡Dios y Audacia! Son puntos en los que nos impulsa a actuar con audacia y valentía, ejerciendo nuestros derechos ya que cumplimos todas nuestras obligaciones como ciudadanos coherentes, honrados, y esforzadamente trabajadores: *«No seáis almas de vía estrecha, hombres o mujeres menores de edad, cortos de vista, incapaces de abarcar nuestro horizonte sobrenatural cristiano de hijos de Dios. ¡Dios y audacia!»* (Surco, 96).

«Convéncete: cuando se trabaja por Dios, no hay dificultades que no se puedan superar ni desalientos que hagan abandonar la tarea, ni fracasos dignos de ese nombre, por infructuosos que aparezcan los resultados» (Surco, 110).

«Sé atrevido en tu oración, y el Señor te transformará de pesimista en optimista; de tímido en audaz; de apocado de espíritu en hombre de fe, ¡en apóstol!» (Surco, 118).

Y en conexión con el anterior apartado sobre la pedagogía desde la fe, en ‘tercera dimensión’, resultan sugerentes estos dos puntos de Surco: *«No se puede separar la religión de la vida, ni en el pensamiento, ni en la realidad cotidiana»* (Surco, 308).

«No podemos cruzarnos de brazos, cuando una sutil persecución condena a la Iglesia a morir de inedia,

relegándola fuera de la vida pública y, sobre todo, impidiéndole intervenir en la educación, en la cultura, en la vida familiar.

No son derechos nuestros: son de Dios, y a nosotros, los católicos, Él los ha confiado..., ¡para que los ejerzamos!» (Surco, 310).

Y con toda claridad, en el punto 301: *«No es verdad que haya oposición entre ser buen católico y servir fielmente a la sociedad civil. (...) Mienten –¡así: mienten!– los que afirman lo contrario. Son los mismos que, en nombre de una falsa libertad, querrían «amablemente» que los católicos volviéramos a las catacumbas».*

En lugar de ello, y siempre con ánimo de enseñar a vivir en cristiano, nos propone una actuación apostólica, formativa, con pleno sentido positivo y optimista, esperanzada, llena también de sentido común. En esa labor de ayudar a otros a que crezcan como personas, no cabe la tristeza ni el pesimismo. Nos impulsa con diversas razones al optimismo y a la alegría: *«Un consejo, que os he repetido machaconamente: estad alegres, siempre alegres. –Que estén tristes los que no se consideren hijos de Dios» (Surco, 54).*

«¿Optimismo?, ¡siempre! También cuando las cosas salen aparentemente mal: quizá es ésa la hora de romper a cantar, con un Gloria, porque te has refugiado en Él, y de Él no te puede venir más que el bien» (Surco, 90).

El Principio de Cooperación

Por último, hablaba también en mi libro de un *Principio de Cooperación* que entiende la educación como una acción entrelazada, cooperativa, entre educador y educando: *inter-educación*. Este principio fue el que desarrollé con mayor amplitud al referirse directamente a la acción educativa, al oficio de educar. Allí no hice otra cosa que verter en lenguaje pedagógico, técnico si se quiere, mis vivencias personales, mi experiencia, más que el resultado de mi estudio prolongado de la educación. Y es que los hechos hablan por sí mismos. No me importa volver a insistir en que los hechos, o la experiencia vivida si se prefiere, van conformando en uno los criterios o principios que configuran después una teoría de la educación propia, personal, y no al revés.

Pero llevemos este enfoque a nuestro tema, en el marco del *Principio de Cooperación*. En este principio lo que más cuenta es la persona y la personalidad de ambas partes comprometidas en ella y la comunicación interpersonal que puedan y sepan establecer entre sí; por tanto, son decisivas las cualidades personales –las actitudes o disposiciones, y las capacidades o aptitudes–

de esas personas. No caben aquí reglas fijas para la práctica. La experiencia, la vivencia personal es la que hace surgir los distintos modos de relacionarse y de comunicar con el otro; y la que nos hace ver que la educación, tarea humana cien por cien, no se rige por principios estrictamente científicos o técnicos, porque está lejos de ser una ciencia exacta, matemática, o pura tecnología. Tiene mucho más que ver con el arte.

Comunicar o, mejor, comunicarse personalmente con sus discípulos es algo esencialmente decisivo en un maestro, en un formador; algo de lo que no puede prescindir si lo que se propone es *formar* y no sólo proporcionar *información*. Otra cosa es que su manera de comunicarse se adapte lógicamente a su peculiar modo de ser y de conducirse, de acuerdo con su personalidad y con otras muchas variables. Es decir, con un estilo personal que no se opone al valor general de la comunicación en todo proceso formativo.

En nuestro caso, la capacidad de comunicar con cualquier persona era uno de los rasgos más acusados de la personalidad humana de San Josemaría, que fue un estupendo comunicador en toda situación, fuese individual o colectiva. Era la suya una comunicación auténtica, profunda, personal, incluso cuando se dirigía a verdaderas multitudes de personas. Tenía un peculiar ‘don de lenguas’, como le gustaba decir al hablar del apostolado de la amistad.

Nada tan esencial para que alguien se decida libre y conscientemente a hacer suyos los valores e ideales que pueden mejorar radicalmente su persona y su modo

de conducirse en la vida. Valores e ideales que no se comunicarán con eficacia si se transmiten a modo de enseñanza teórica que promoverá, si es que lo promueve, un aprendizaje también teórico. En cambio, si se comunican por medio de la conversación personal, sincera y afectuosa, probablemente el otro los hará más suyos.

Y mejor aún: si la transmisión se produce por medio del ejemplo de una persona que lucha por encarnar y vivir esos valores e ideales, no sólo se estará utilizando el medio de comunicación más profundo y eficaz, que no necesita de palabras, sino que se logrará, mejor que por ningún otro medio, la libre adhesión a esos valores.

En la relación individualizada e intersubjetiva, o existencial, que se da o debiera darse en las relaciones de un tutor y su alumno, o de un padre o madre de familia y sus hijas e hijos, en tantas ocasiones que están reclamando –quizá en silencio– una conversación orientadora, lo que más cuenta, como repito de continuo, es la persona: su modo de ser, su temperamento, su personalidad, sus capacidades comunicativas o la ausencia de ellas, y todo el complejo componente de las circunstancias personales y ambientales en que se mueve en un momento dado de su andadura vital.

Esa comprensión profunda del otro se compagina por otro lado con la exigencia de lo que ese otro puede y debe dar de sí mismo. Siempre recalco que no hacerlo así es una verdadera falta de respeto a quien estamos ayudando a crecer, por no tener en cuenta sus potencialidades reales. Y ése fue el comportamiento característico

de San Josemaría con todos los que se cruzaban en su camino, fuesen las que fueran sus ideas, lo que puedo ilustrar ahora con una tercera vivencia, que no me resisto a narrar aquí.

En esta tercera vivencia se refleja a lo vivo cómo la solicitud apostólica de San Josemaría, en y desde el trabajo profesional, le llevaba a lanzar a sus hijos, muy jóvenes entonces, a contribuir a la expansión de la Obra por el mundo, suscitando en ellos la fe en la ayuda divina, la iniciativa, la audacia, pero siempre teniendo en cuenta, con prudencia, su personalidad y sus preferencias.

* * *

La misma sencillez y confianza en sus hijos pude experimentarla en otra primavera, la de 1949. Aunque el Padre ya se había trasladado a Roma, venía a España con alguna frecuencia. Nos había citado a dos de nosotros. Una vez más, tuvo lugar una conversación llena de naturalidad. Años más tarde, me di cuenta de lo que supuso aquella entrevista. El Padre iba a decidir si me enviaba a la labor iniciada en Inglaterra pocos años antes.

El Padre conocía mi afición al mundo inglés. Quizá quiso confirmar su opinión aquella mañana. Nos enseñó el cuento de un borriquillo, en inglés. Era muy conocida su apreciación por ‘las virtudes del borrico’¹³, y los de

13 Sobre la alegoría del ‘borrico’, tantas veces utilizada en su predicación y en sus escritos, puede verse, por ejemplo, el punto 380 de *Forja*, en el que describe precisamente esas ‘virtudes’ del borrico.

Londres tuvieron el detalle de enviárselo. Y me pidió que le tradujese el párrafo inicial, cosa que hice lo mejor que pude. Seguimos charlando de otras cosas y, en un momento dado, se refirió divertido a un carillón (ese instrumento con un juego de tubos metálicos de distintas longitudes, que producen las notas de la escala al percutirlos con un mazo) que colgaba en una de las paredes. –*¡Hay que ver qué cosas tienen vuestros hermanos! Pero ya que lo han colgado ahí, ¿uno de vosotros dos sabría tocar algo con él?...*».

Otra de mis aficiones, la música. Sabía manejar un xilófono que había en mi casa. Me lancé. Y toqué espontáneamente los primeros acordes –muy fáciles– del Himno nacional... ¡inglés! Le dije: «Padre, así empieza el himno nacional inglés». Me respondió de inmediato: «*Muy bien, hijo mío. ¡Ven, siéntate aquí!*». Y ante mi sorpresa: «*Haz toda las gestiones necesarias, porque tienes que ir a Londres cuanto antes. Allí sólo están dos hermanos tuyos, de momento, y tenéis que ser tres por lo menos*».

Se fijó en mi expresión de asombro y quizá también de inseguridad en mí, y con aquella simpatía suya, se echó a reír y se dirigió al que me acompañaba «*¡Mira qué cara se le ha puesto a tu hermano!... José Luis, ¡los patos aprenden a nadar, nadando!*». Y me uní a sus risas.

Pues lo que he dicho más arriba. Así nos lanzaba el Padre a comenzar la labor en el mundo, confiando en que sabríamos hacerlo, con la gracia de Dios y nuestro

trabajo profesional y apostólico. Nunca agradeceré bastante aquella decisión, prudente y firme, del Padre. Mis estudios sobre la educación inglesa –para los que conseguí una beca de investigación– y la titulación de post-grado que obtuve en un estupendo curso teórico-práctico que seguí en el prestigioso *Institute of Education* de la Universidad de Londres, me dejaron una huella profesional tan profunda que todavía me dura. Algunas de las innovaciones que se produjeron en Gaztelueta tuvieron su origen en lo que yo había aprendido en Londres. Después, en 1965, la idea de establecer en la Universidad de Navarra un Instituto de Ciencias de la Educación, me la había traído del que había conocido y vivido en Londres entre 1949 y 1951.

En ese impulso de San Josemaría iba unido su afán apostólico y la promoción audaz y confiada de sus hijos, pese a su falta de experiencia humana y a sus pocos años de vida en la Obra. Así nos hacía madurar humana y sobrenaturalmente.

* * *

Sería largo y quizá innecesario a estas alturas de mi trabajo, realizar un análisis pormenorizado de las cualidades personales de San Josemaría en conexión con las actitudes y aptitudes que expongo a lo largo del *Principio de Cooperación*.

Desde el ángulo de mi personal concepción de la pedagogía, muchas veces he pensado con convicción que una sólida formación pedagógica, de nivel universitario,

que abarque a la persona entera del estudioso y sea por tanto no sólo intelectual o teórica sino práctica al mismo tiempo, puede contribuir a generar unos rasgos de personalidad que son, al menos, tan importantes, o más importantes para la actuación educadora, que el mero saber teórico. De ahí que en mi libro dedicara la mitad de él a describir las cualidades personales –convicciones que generan actitudes– en el *Principio de Cooperación*.

En este sentido, más tarde he pensado, y he dejado por escrito en varios lugares, que el rasgo esencial que debe generarse en la personalidad del buen educador es el de *ser sensible* ante las personas y las circunstancias que las rodean, sensibilidad que se manifiesta en una *solicitud* por el bien de los demás que hace posible el *encuentro comunicativo* con el otro. *Ser así* es la condición inexcusable. Es bien sabido que se enseña, se orienta, y en definitiva se ayuda, más por lo que se es que por lo que se dice o se hace. Pienso que ese rasgo es necesario en cualquiera de las versiones que adopte la actuación de ayuda formativa, sea de carácter profesional o nazca en las relaciones humanas ordinarias.

La positiva influencia del espíritu de San Josemaría, su solicitud por las almas y su santidad se vertía en aquella característica forma de llegar a todos, por ejemplo al responder a la pregunta de alguna persona, fijando su mirada en el interlocutor, de modo tan vivo y personal que los miles de personas que, en ocasiones, se reunían en sus habituales ‘tertulias’ –auténtico método didáctico concebido por él– se sentían apeladas por su palabra. A partir de una cuestión vital y concreta, o de

una experiencia vivida, siempre con palabras sencillas, aconsejaba, sugería o animaba a vivir lo que, desde su vida de fe y de experiencia sacerdotal, le parecía más acertado. Cuando se habla técnicamente de ‘metodología participativa’, que es una de mis preferencias didácticas, no puedo dejar de recordar lo que uno experimentaba en estas ocasiones: no cabía mayor participación, aunque uno permaneciera en silencio pero escuchando a fondo.

Respecto del modo de proceder en esa labor cooperativa de ayudar a formarse en comunicación con quien la acepta voluntariamente y se compromete con ella, son muchos los matices de su enseñanza que aquí nos interesan. Más arriba he comentado ampliamente su estilo de conversación orientadora, comprensiva y al mismo tiempo exigente, con flexibilidad. Nos dice al respecto: *«El buen gobierno no ignora la flexibilidad necesaria, sin caer en la falta de exigencia»* (Surco, 406).

Todo formador tiene de algún modo una misión de gobierno de diversos tipos, que no pueden dejar de ejercer en beneficio de los que ayudan a formarse. Y al ejercerla, es muy importante confiar en los que gobernamos: *«Cuando el que manda es negativo y desconfiado, fácilmente cae en la tiranía»* (Surco, 398).

El ganar la verdadera autoridad descansa en la confianza que depositemos en los alumnos, en los hijos los padres de familia, ya que el depositar fe en ellos suscita de inmediato la misma respuesta: me fío de usted, me fío de ti. De otro modo, nos queda tan sólo la potestad, y mandaremos sin obtener la ‘libre adhesión’ a nuestros

mandatos. Recuérdese aquí lo dicho más arriba sobre la confianza como requisito indispensable para la formación en libertad y responsabilidad, según el espíritu de San Josemaría.

Y tenemos que saber asesorarnos a la hora de tomar decisiones, especialmente cuando formamos parte de un equipo directivo: *«Las decisiones de gobierno, tomadas a la ligera por una sola persona, nacen siempre, o casi siempre, influidas por una visión unilateral de los problemas. –Por muy grandes que sean tu preparación y tu talento, debes oír a quienes comparten contigo esa tarea de dirección» (Surco, 392). «Pero... ¿de veras piensas que todo lo sabes, porque has sido constituido en autoridad?–Óyeme bien: el buen gobernante «sabe» que puede, ¡que debe!, aprender de los demás» (Surco, 388).*

Es lo que le ocurre a un buen profesor cuando, al ‘gobernar’ sus grupos de clase, se propone trabajar conjuntamente con sus alumnos: que aprende mucho de sus comentarios, de sus preguntas, de sus aciertos y de sus errores. Y es lo que le debe ocurrir a un buen directivo en relación con sus colaboradores, teniendo siempre en cuenta más lo positivo que lo negativo de su actuación: *«Procura ser rectamente objetivo en tu labor de gobierno. Evita esa inclinación de los que tienden a ver más bien –a veces, sólo– lo que no marcha, los errores» (Surco, 399).*

Sería absurdo pensar –como ya he señalado más arriba– que enseñar con una orientación cristiana se

opone a cultivar intereses y materias técnicas, a formar auténticos y competentes profesionales en cien áreas diferentes de conocimiento: «...*el mundo entero, todos los valores humanos que te atraen con una fuerza enorme –amistad, arte, ciencia, filosofía, teología, deporte, naturaleza, cultura, almas...–, todo eso deposítalo en la esperanza: en la esperanza de Cristo*» (Surco, 293).

Y lo mismo cabe decir –insistiendo en lo que queda dicho al lector, en la introducción de este escrito– del respeto a la autonomía de esos saberes y competencias humanas, y a la libertad de opinión sobre cuestiones contingentes, cosas que no se alteran por verlas desde la fe, al considerarlas fruto de la inteligencia que nos ha dado Dios: «*Tu vocación de cristiano te pide estar en Dios y, a la vez, ocuparte de las cosas de la tierra, empleándolas objetivamente tal como son: para devolverlas a Él*» (Surco, 295).

Y qué decir de la autoridad bien entendida, por un lado basada en el prestigio del buen ser y hacer, y por otro en la legitimidad del mando, del poner orden y concierto, y fomentar por tanto la disciplina *voluntaria* de los hijos, de los alumnos, algo que hoy algunos olvidan al caer en una permisividad injustificada que fomenta la insolidaridad, con grave perjuicio de los demás: «*Orden, autoridad, disciplina... –Escuchan, ¡si escuchan!, y se sonríen cínicamente, alegando –ellas y ellos– que defienden su libertad. Son los mismos que luego pretenden que respetemos o que nos acomodemos a sus descaminos; no comprenden –¡qué protestas tan chabacanas!– que sus modales no sean –¡no pueden*

ser!– aceptados por la auténtica libertad de los demás» (Surco, 384).

Y cada uno, como es. Ser cristiano y educar en cristiano lleva en su entraña el respeto a la propia individualidad, a la personalidad, al modo de ser de cada persona, y a las circunstancias que la rodean en un momento dado. *«¡Qué empeño el de algunos en masificar!: convierten la unidad en uniformidad amorfa, ahogando la libertad.*

Parece que ignoran la impresionante unidad del cuerpo humano, con tan divina diferenciación de miembros, que –cada uno con su propia función– contribuyen a la salud general.

–Dios no ha querido que todos sean iguales, ni que caminemos todos del mismo modo por el único camino» (Surco, 401).

Una afirmación que enlaza con su espíritu de hermandad universal con todos, de comunión con toda raza, con las diversas culturas, anticipándose al ecumenismo y a la realidad actual de la inmigración multicultural y multirracial, de personas a quienes un cristiano ha de respetar y tener muy en cuenta: *«Ya lo señaló el Apóstol cuando nos escribía que para el Señor no hay acepción de personas, y que no he dudado en traducir de este modo: ¡no hay más que una raza, la raza de los hijos de Dios!» (Surco, 303).*

Baste con todo lo dicho hasta aquí. Puntos de *Surco* como los que acabo de citar me han hecho ver una vez más que el espíritu de San Josemaría nos inspira a

muchos de los que le conocemos bien cuando ejercemos nuestro trabajo; en este caso –al tratarse de la acción educativa, es decir, de la formación entera de la persona– tan cercano a su dedicación pastoral, formativa cien por cien.

Epílogo

Hemos hablado en dos voces, a lo largo de estas páginas. En dos planos confluyentes. La voz del profesional de la educación que escribe de Pedagogía, y ha sido profesor durante cincuenta años. La voz de un santo universal, San Josemaría Escrivá, un eximio *educador* desde el espíritu recibido hace ahora setenta y seis años, y al que supo corresponder con *libertad*, siempre leal a su *compromiso* con la misión que Dios le asignó, hasta el heroísmo. Por eso ha sido canonizado por el Papa Juan Pablo II, el 6 de octubre de 2002.

Sigo preguntándome si he respondido a la pregunta de mi colega en la docencia universitaria, la profesora Ospina de Fonseca. He tratado de hacerlo a mi manera: partiendo de la vida en el campo de la educación y de la convivencia con un Santo muy cercano para mí y para muchos miles de personas.

Sí estoy seguro de una cosa: de que el escribir lo que ahora termina ha vuelto a ayudarme poderosamente a ser optimista de cara al futuro de la educación. Ojalá

estas líneas ayuden a otros muchos a no cejar en un planteamiento cristiano de la educación en sus cien ámbitos diferentes.

Por eso, qué mejor lema de cara a ese futuro, que el que nos propuso San Josemaría desde los mismos comienzos de la Obra: ***¡Dios y Audacia!***

PROMESA

Empresa Cultural

www.arvo.net

I. EDITORIAL

Antropología

Dirección: Jutta Burggraf (Alemania)

- *Hacia una nueva comprensión de la sexualidad humana* / Jutta Burggraf.
- *Hacia un nuevo feminismo para el siglo XXI* / Jutta Burggraf.
- *Una perspectiva cristiana en un mundo secularizado* / Jutta Burggraf.
- *In der Schule des Schmerzes (En la escuela del dolor)* / Jutta Burggraf.
- *¿Qué quiere decir género?: en torno a un nuevo modo de hablar* / Jutta Burggraf (2a. edición).
- *¿La mujer o El segundo sexo? Dos propuestas de educación según Edith Stein y Simone de Beauvoir* / Jorge Mario Cabrera.
- *Vida cristiana en la calle* / Jutta Burggraf.
- *Varón y mujer: hacia la confluencia de dos mundos. Claves antropológicas para la conciliación vida familiar-trabajo extradoméstico, desde el pensamiento de Edith Stein* / Ana María Sanguineti (Prólogo de Covadonga O'Shea).
- *Carta a las Mujeres. Mulieris Dignitatem* / Juan Pablo II (Prólogo de Jutta Burggraf)
- *Descubrir de nuevo el matrimonio y la familia* / Jutta Burggraf (Prólogo de Georgina Vargas Pagán de Brenes).
- *Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el nuevo mundo* / C. D. F. (Prólogo de Jutta Burggraf).

Arte

- *Letter to artists* / John Paul II (Preface: Helena Ospina).

Arquitectura

Dirección: María Antonia Frías Sagardoy (España)

- *La importancia del lugar, espacio y tiempo en Tríptico romano* / María Antonia Frías Sagardoy.

Biografías

Dirección: Gustavo González Villanueva (Guatemala)

- *Ernesto Cofiño Ubico: un médico apasionado por la vida* / Gustavo González Villanueva.
- *Calles y caminos del Santo Hermano Pedro de San José de Betancur* / Gustavo González Villanueva.
- *Todo es para bien* / María Rosa Noda.

Centenario**Dirección: Helena Ospina (Costa Rica)**

- *Un mundo de milagros* / Flavio Capucci.
- *La santidad sacerdotal en los escritos y en la vida de san Josemaría Escrivá* / Gustavo González Villanueva.
- *Memoria Congreso Hispanoamericano. Hacia una educación más humana: En torno al pensamiento de san Josemaría Escrivá* / Fernando Corominas et al.
- *San Josemaría Escrivá: un clásico de los nuevos tiempos* / David Mejía Velilla.
- *La formación social y cívica en la Universidad según el Fundador del Opus Dei* / José Antonio Ibáñez-Martín.
- *Camino: una guía de audición para los artistas. Concierto para piano no. 1 en sol mayor, Op. 999* / Helena Ospina
- *Aprender el amor a la Virgen en Camino: de san Josemaría Escrivá de Balaguer* / Antonio Orozco-Delclós.
- *Camino: Un encuentro histórico, literario y periodístico* / Alicia Vargas de Fournier et al.
- *El corazón humano en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá* / Carmen Vidal.
- *El poder de la confianza: san Josemaría Escrivá y las mujeres* / Jutta Burggraf (2a. edición).
- *La opinión pública y los medios de comunicación en el pensamiento de San Josemaría Escrivá de Balaguer* / Francisca Greene.
- *Educación: libertad y compromiso a la luz del espíritu de San Josemaría Escrivá* / José Luis González-Simancas

Cine**Dirección: Pedro Antonio Urbina (España)****Cuento**

- *Viaje a Belén* / María Rosa Noda.
- *La cunita* / María Rosa Noda.
- *El paisaje* / Gustavo González Villanueva (*Prólogo de Jorge M. Cabrera*).

Derecho**Dirección: Jorge Scala (Argentina)**

- *I.P.P.F. : La multinacional de la muerte* / Jorge Scala.
- *El aborto: en preguntas y respuestas* / Jorge Scala.
- *Género y derechos humanos* / Jorge Scala.
- *El derecho a la vida y la inconstitucionalidad de la fecundación in-vitro* / Hermes Navarro del Valle (Prólogo de Jorge Scala).
- *¿Matrimonio o divorcio? La familia en el Siglo XXI* / Jorge Scala (Prólogo de Ignacio Cafferata).
- *Derechos humanos: 7 casos controversiales en América Latina* / Jorge Scala, Paola Scarinci, Héctor Hernández, Aurelio García.

- *Planificación familiar natural: la respuesta para una familia sana* / Ricardo Sánchez Recio, Adriana Camargo de Sánchez Recio.

Educación

Dirección: Concepción Naval (España)

- *Confiar: cuna de la sociabilidad humana* / Concepción Naval.
- *En torno a la educación moral y cívica: el caso español* / Concepción Naval, Concha Iriarte, Javier Laspalas.
- *Técnicas para dinamizar la enseñanza y el aprendizaje: Técnicas de trabajo intelectual y Dinámicas de grupo para educar y orientar* / José M. Bautista Vallejo, Juan M. Méndez Garrido, Manuel Monescillo Palomo.

Encuentros Culturales

Dirección: PROMESA (Costa Rica)

- *Encuentros literarios, filosóficos y artísticos. IV Jornada Nacional de Reflexión Omar Dengo* / Universidad Nacional, Centro Cultural Español / Jorge Mora Alfaro *et al.*
- *Cavalcavía del tiempo en la poesía de Gustavo González Villanueva* / Víctor Valembois.
- *“Canto continuo” con el poeta David Mejía Velilla* / Alberto Cañas Escalante *et al.*
- La *“Epístola Familiar” de David Mejía Velilla. Estudios críticos sobre su obra poética* / Jorge M. Cabrera (ed.) (Presentación de Bogdan Piotrowski).

Espiritualidad

Dirección: Javier Abad-Gómez (Colombia)

- *Camino* / San Josemaría Escrivá (2a. edición).
- *Mater admirabilis* / Sabine de Valon (2a. edición).
- *Recuerdos de la Cruz* / María Rosa Noda.
- *Cuando habla el corazón* / Javier Abad Gómez.
- *Oraciones para todo instante* / Javier Abad Gómez.
- *San José, Maestro de vida interior* / VV.AA (2a. edición).
- *Santo Rosario* / San Josemaría Escrivá (2a. edición).
- *Via Crucis* / San Josemaría Escrivá.

Familia

Dirección: Ana María Navarro (España)

- *Carta de los derechos de la familia* / Pontificio Consejo para la familia (2a. edición).
- *La mujer en la vida del mundo y de la Iglesia* / San Josemaría Escrivá (Prólogo de Jutta Burggraf)

Filosofía

Dirección: Cecilia Echeverría (Guatemala)

- *Al filo del milenio* / Fernando Araya.

- *Reflexiones en torno al liberalismo* / Cecilia Echeverría.
- *Atrévete a pensar con libertad* / Jutta Burggraf.
- *Oculto intimidad: Ensayo sobre la filosofía de santo Tomás de Aquino* / Fernando Araya (Presentación de Jorge Alfaro Pérez).
- *Madurez afectiva* / Francisca R. Quiroga.

Historia

Dirección: Mariano Fazio (Italia)

- *Desafíos de la cultura contemporánea para la conciencia cristiana* / Mariano Fazio.
- *La Evangelización en América y sus retos: respuestas de los protagonistas* / Elisa Luque.
- *Los primeros cristianos de la Audiencia de los Confines* / Gustavo González Villanueva (Prólogo de Mariano Fazio).
- *El Portal de Belén en la historia* / Rosario De Juana Zubizarreta.
- *Evangelio y culturas en América Latina* / Mariano Fazio (Prólogo de Cipriano Calderón).

Literatura

Dirección: Ana Zelaya (Costa Rica)

- *Siembra de ilusiones* / Estrella Cartín de Guier.
- *Por Israel y por las páginas de la Biblia* / Carmen Naranjo (Presentación de Rosita Giberstein. Prólogo de Yalena de la Cruz).

Milenio

Dirección: Mauricio Víquez (Costa Rica)

- *Novo millennio ineunte* / Juan Pablo II (Prólogo de Josep-Ignasi Saranyana).
- *Dominus Iesus: Declaración sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* / Congregación para la Doctrina de la Fe (Prólogo de Jutta Burggraf).
- *Rosarium Virginis Mariae* / Juan Pablo II (Prólogo de Antonio Orozco-Delclós).

Moda

- *Una nueva moda* / María Rosa Noda.
- *Señora de la Moda* / Eva María Reschreiter.

Orientación Familiar

Dirección: María Adela Tamés (Colombia)

- *Para educar mejor a los hijos* / Regina Fuentes.
- *Educación de la fortaleza y la templanza* / María Adela Tamés.
- *Pedagogía del corazón* / María Adela Tamés.
- *Cuando la administración retorna al hogar* / Ana Teresa López de Llergo, Luz María Cruz de Galindo.
- *La familia: el lugar de la persona* / María Adela Tamés.

Pensamiento y creatividad

Dirección: Alfonso López Quintás (España)

- *El poder transfigurador del arte* / Alfonso López Quintás.

Poesía www.arvo.net

Dirección: María Rosa Noda (EE.UU.)

1. *Ars Poetica* / Helena Ospina.
2. *Canción del huésped aguardado* / Gustavo González Villanueva.
3. *Glosa del amor bien pagado* / Gustavo González Villanueva.
4. *Una rosa encendida* / Gustavo González Villanueva.
5. *Almendras de oro* / Gustavo González Villanueva.
6. *Luna de cristal* / Gustavo González Villanueva.
7. *Diario de un Mediterráneo* / Helena Ospina.
8. *Nanas del Adviento* / Gustavo González Villanueva.
9. *El Cantar de los Cantares* / Helena Ospina.
10. *Poiein: génesis del verbo poético* / Helena Ospina.
11. *Diálogos, paréntesis y silencios* / Helena Ospina.
12. *Entre la luz y el viento* / Gustavo González Villanueva.
13. *Isla de sol y sal* / María Rosa Noda (Prólogo de Helena Ospina).
14. *Tierra que sufre* / Gustavo González Villanueva.
15. *El ciprés mecido* / Gustavo González Villanueva.
16. *¡Abrid las puertas!* / Helena Ospina.
17. *La voz y la fuente* / Gustavo González Villanueva.
18. *Siglo Veintiuno: Belén* / Gustavo González Villanueva.
19. *Crisol, Fuego, Gemas* / Helena Ospina.
20. *Splendor formae: Hacia un concepto de poesía* / Helena Ospina.
21. *Loa en la Antigua Guatemala: Romances del Viernes y Sábado Santo* / Gustavo González Villanueva.
22. *Stabat Mater* / Helena Ospina.
23. *Cantata a las Artes* / Helena Ospina. (Finalista, Premio Joaquín Gutiérrez Mangel, Facultad de Letras, Universidad de Costa Rica 1995).
24. *Eva-María: Drama del genio femenino* / Helena Ospina. (Clasificación por parte de América Latina en el Jubileo del Mundo del Espectáculo, Roma 2000).
25. *Razón necesaria* / Gustavo González Villanueva.
26. *Gracias, Padre* / Antonio Yglesias (Prólogo de Helena Ospina).
27. *El enigma de la almeja* / Gustavo González Villanueva (Prólogo de José Miguel Fiórez-Estrada).
28. *Íntimo anhelo* / María Rosa Noda (Prólogo de Manuel Márquez-Sterling).
29. *Splendor Personae: Poética de una vigilia* / Helena Ospina.
30. *Cal y Canto de la Antigua Capitanía* / Gustavo González Villanueva.
31. *Divino Artífice* / Helena Ospina.

32. *Al aire de tu paso* / Gustavo González Villanueva.
33. *Splendor gloriae: Estética de una belleza esponsalicia* / Helena Ospina (Prólogo de Cecilia Crespo. Coloquio con Jorge Chen y Peggy von Mayer).
34. *La pena del tiempo* / Gustavo González Villanueva.
35. *¡A la mar!* / Helena Ospina (Prólogo de Galia Ospina).
36. *Bouquet de violettes* / Victoria Garrón de Doryan (Prólogo de Marie Thérèse Baudry de Urruela).
37. *Lugares* / María Rosa Noda (Prólogo de Mabel Morvillo).
38. *Loa en la Antigua Guatemala: Cavalcavía del tiempo* / Gustavo González Villanueva.
39. *Divina herida* / Helena Ospina (Finalista, Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, España 1998).
40. *Canciones del amor bien pagado* / Gustavo González Villanueva.
41. *Andadura de vida* / Helena Ospina.
42. *Llama que arde* / Javier Suárez-Guanes.
43. *Bitácora de La Antigua Guatemala* / Gustavo González Villanueva (Prólogo de Víctor Valembois).
44. *Incesante clamor* / Pedro Antonio Urbina (Prólogo de David Mejía Velilla).
45. *Canto continuo* / David Mejía Velilla (Prólogo de Jorge Rojas).
46. *Silenciosa geometría* / Ana Zelaya (Prólogo de Marco A. Mora).
47. *Sail, Sail, My Love* / Helena Ospina.
48. *Olas del hombre, corazón del mar* / Luis M. Fernández Cuervo (Prólogo de Marvin Galeas).
49. *Ink Plum Blossoms* / Helena Ospina.
50. *Antología poética* / Eduardo Ospina. (Prólogo de Luis Carlos Herrera. Edición y estudios críticos de Helena Ospina).

Teología

Dirección: Josep-Ignasi Saranyana (España)

- *Teología de la mujer, teología feminista, teología mujerista y ecofeminismo en América Latina (1975-2000)* / Josep-Ignasi Saranyana.
- *La razón de nuestra alegría* / Jutta Burggraf.
- *Cien años de teología en América Latina (1899-2001)* / Josep-Ignasi Saranyana
- *El ecumenismo: una tarea para todos* / Jutta Burggraf.

II. *PERFORMANCES*

Interrelación de las Artes

Poesía

Música-Danza-Pintura-Fotografía

Discos compactos

- *Tríptico romano* / Juan Pablo II. Traducido por Bogdan Piotrowski. Leído por Antonio Yglesias. Musicalizado por Pablo Vargas Dengo. Selección de fotografías de María Antonia Frías Sagardoy.

Performances

Música del Dúo Armonía:

- Pablo Vargas Dengo (pianista y compositor)
- Rocío del Valle (soprano)

Danza y Coreografía:

- Gloriana Alán

Narración:

- Antonio Yglesias
- Annabelle de Garrido
- Irene Arroyo

- Trilogía de la Creación:
 - *Eva-María* (Suite de ballet): Drama de la Creación
 - *Stabat Mater* (Auto Sacramental): Drama de la Redención
 - *Divino Artífice* (Suite de Ballet): Drama de la Santificación
- *¡A la mar!*
- *Andadura de vida*
- *Camino: Guía de audición para artistas. Concierto para piano no. 1 en sol mayor, op. 999.*
- *Canciones del amor bien pagado*
- *Cantata a las artes*
- *Collage Poético*
- *Divina herida*
- *Llama que arde*
- *Splendor Personae*
- *Tríptico romano*

Pedido de libros
y contratación de *performances* a:
PROMESA
Promotora de Medios de Comunicación S.A.
edicionespromesa@hotmail.com
Edificio Electronic Engineering
Costado oeste de la Universidad de Costa Rica, Carretera a Sabanilla
Tel: (506) 283-3033 / Fax: (506) 225-1286 (506) 283-4597
Apartado 4300-1000 San José, Costa Rica

Se terminaron de imprimir
1000 ejemplares
el 22.XI.2004

Impreso en Gossestra, Intl., S.A.
Tel.: (506) 258-1426 / 221-1071 • Fax: (506) 221-1145
San José, Costa Rica

